escribidores en la WEB

RELATOS CREADOS POR HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS DEL TALLER ESCRIBIDORES (DESDE 2017) MIRAFLORES. escribidores40@gmail.com

ew27

Ezequiel y yo (*)

Escribidora:
MARILÚ DULANTO.
(Lima, 1942)

Nací siete mesina, muy esperada, con ilusión de mis padres y familia.

Había habido un paréntesis... falta de bebés por varios años y fuí como todos los recién nacidos de mi entorno, rodeada de amor, ternura y ajuares de esa época.

Era muy pequeñita, tenía un bulto en la cabeza y un diagnóstico: tumor... Había que operar.

Entre tantas expectativas había mucha angustia... El diagnóstico era reservado.

Llegó Aurita, una "comadrona" de antaño y hablando con mis padres opinó que de ninguna manera dejaran que me operen, ese bulto era producto de un mal uso del forceps... Sin embargo, los médicos habían pronosticado que iba a ser una niña "especial".

Aurita, según me contaron y con el consentimiento de mis padres, desafió ese diagnóstico.

En unos días de su tratamiento con una pomada llamada yodón, gasas y “arrurús”, regresé al hogar delicada y rodeada de amor del entorno.

Lloraba mucho y debía ser paseada con armonía y cariño ¡Ezequiel se hizo cargo!

Ezequiel

Era un empleado en casa, para cualquier menester. Fue rescatado por mi abuelita Consuelo de un zaguán limeño a los pocos días de haber nacido, como resultado de una historia que escuchó en una de las tertulias amicales y la impresionó. Pidió que la llevaran al lugar, una vieja y sombría escalera de donde se escuchaban los llantos y sollozos.

Me contaron que la escena era aterradora. En medio de mamaderas dejadas por extraños compadecidos, las heces de aquellos DOS bebés se confundían con el color de su piel: negrita.

Mi abuelita cuyo corazón no fue acuñado para la repetición, los llevó a su casa. Uno se quedaría con ella y el otro bebé con una de sus hermanas, quien era la réplica del amor. Ambas hermanas cuidaron de esos bebés que tenían sarna y los acunaron para permitir que sean sanos y fuertes. Solo Ezequiel sobrevivió.

Yo

Cuando llegué a casa, Ezequiel que tenía más o menos 17 años, vestido de blanco con gorrito incluido, me paseaba, acunaba y cantaba con dulzura y su vozarrón me adormecía.

Pasaron los años y ese Ezequiel que formó parte de mi vida, me decía “mi niña”. Yo era su nena, su hermana... su hija. Y los años fueron pasando en la casa tan antigua como la Lima misma, donde mi familia y yo vivíamos.

Más o menos cuando yo tenía trece años, una tarde escuché ruidos ajenos a una rutina diaria... donde todas las tardes eran iguales. Curiosa, comencé a investigar y llegué a la salita, en donde se escuchaban unos murmullos cortados por unos fuertes sollozos de una mujer.

Entre los visillos vi a una mujer blanca vestida de negro llorando con convulsiones. Mi abuelita, mi mamá y Ezequiel la rodeaban.

Yo, escondida, miraba ese cuadro y escuché la voz fuerte inconfundible de Ezequiel, quien con las manos en la espalda e inclinado ligeramente hacia adelante, mecía lentamente su cabeza de izquierda a derecha en dolorosa negación.

—Mi única mamá es mi mamita Consuelo. —Decía Ezequiel una y otra vez.

Esa señora era su madre.

TALLER CREATIVO
EsCRibe
UN LIBRO TU LIBRO
Milagros Salas Ochoa

(*) Publicado en el libro ***vida poco común*** de Diezescribidores..